



## VIAJE DE PLACER

SOBRE UN ALBUM DE SELLOS DE CORREO.

(Continuacion.)

### III.

#### Historia del sello.

Te veo dispuesto, mi querido amiguito, á conocer hoy lo que es ese pequeño papelito, que fijado en una carta hace que llegue ésta á su destino. Nò deja de ser algo curiosa esa historia, y tanto, que hasta hay en ella una especie de novela de amor.

Hace muchos, muchísimos años que existen los correos; tú recuerdas cómo la historia antigua te los ha hecho conocer; á pesar de eso, el sello de correo es muy nuevo, casi un niño.

Cuando hace años los empleados de correos percibían el porte de una

carta en efectivo, y se encontraban abrumados por un trabajo penoso, difícil é importuno, parecia cosa imposible el presagiar el desenvolvimiento que habia de tomar la correspondencia pública al ser rebajados los derechos de porte.

Te diré, mi buen niño, que aunque no ha faltado controversia sobre el punto, la invencion del sello se debe á Rouland Heill, y á su nacion, Inglaterra, el honor de haberlo usado ántes que otra alguna.

Cuando estemos de viaje... por mi álbum, verás, al pasar por Italia, un papel timbrado del año 1818; peróni éste, ni otros propuestos por Heill resuelven el problema del sello de correo: el papelito engomado y

móvil; hé aquí el invento, hé aquí resuelta la gran cuestion.

Antes de adoptarse, ó mejor, de ponerse en práctica el invento de Heill, se redujo el porte de las cartas de Inglaterra: de tal modo aumentó la circulacion de aquéllas, que era casi imposible cobrar el valor del franqueo por falta de tiempo, á pesar de haberse aumentado prodigiosamente en Lóndres el número de empleados á ello solamente dedicados.

Es cosa comprobada que aumenta la circulacion de cartas en razon inversa del valor del franqueo; así te parecerá extraño que paguemos hoy un real en España por lo que solamente debia costar dos cuartos.

Si cada carta llegara entre nosotros á su destino con sólo un sello de diez céntimos, seguramente el número de las que circularian habria de ser cuatro ó cinco veces mayor que el actual.

Tal pasó en Inglaterra cuando se bajó á un penique el porte, y eso mismo hizo necesario el uso del sello, ya que con él las oficinas de correos veian considerablemente reducido su trabajo.

Y me dirás: ¿cuál es la parte novelesca de la historia del sello?

Voy á contártela.

Rouland Heill vió un dia á una jóven que rehusaba admitir una carta que le entregaba el cartero,

porque decia ella que no tenía dinero para pagar el porte.

La verdad es que la jóven se negaba á conservarla, mas no se habia negado á cogerla en su mano y mirarla perfectamente en su exterior.

Aquella niña tenía un novio próximo á ser esposo suyo, y éste, ausente, la escribía.

¿Cómo, pues, comprendes que ella se negara á admitir la carta?

Rouland Heill quiso darle el dinero que la doncella decia no poseer, pero su deseo fué inútil ante la negativa de la jóven.

Habia allí algun misterio sin duda, y al fin pudo conocerlo el que luégo habia de darnos esos sellos pedacitos de papel. Los novios ponian en sus cartas ciertas señales que para ellos tenían una significacion admitida: vista la carta, nada importaba su devolucion; la correspondencia existia desde luégo gratuitamente.

Heill comprendió cuán imperfecto era un sistema que á tales cosas se prestaba, y propuso una reforma, en la que aparecia el uso de etiquetas ó sellos y de hojas timbradas.

Hace ya más de treinta años que se usa el sello de franqueo, y se hacen hoy tantos millones de esos papelititos, y es tal el desenvolvimiento que gracias á ellos han tomado las comunicaciones postales, que debe parecer extraño que ántes no

se hubiera inventado lo que hoy parece casi imposible dejara de conocerse.

Te diré que en París existió una cosa como correo local, y que se usaron para pagar el porte unos billetes de *porte pagado*, alguno de los cuales se conservan hoy en notable coleccion filatélica: nada de esto resuelve verdaderamente el problema de la invencion del sello, que sin duda tal como es se debe á Heill.

España tiene sellos desde el año 1850, y es notable que hubiera en Filipinas quien quisiera establecerlos dos años ántes, y no lo lograra por no ser aprobado su proyecto en la metrópoli.

De esto ya te hablaré, puesto que habrás de encontrar en nuestro itinerario á nuestra patria, y habremos entónces de tratar eso mismo.

Te veo deseoso de empezar: abres y cierras el álbum por su primera hoja, y fijas tus ojos en la completa coleccion de las islas Azores que aquélla te presenta: no tengas tanto apresuramiento; te olvidas de que vamos á recorrer el mundo entero, y de que esto requiere cierta preparacion.

¿Acaso has preparado tu equipaje?

Te veo admirado, mirándome fijamente, pues no esperas salir de mi cuarto en nuestra proyectada vuelta al mundo: eso no quita. ¿No tienes una cartera, un pobre lapiz que te permita tomar apuntes sobre aquello que más llame tu atencion, para así poder recordarlo mejor?

Así que lo dejaremos para mañana si te parece: ¿no está bien?

Vaya, debes conformarte: no tengas cuidado que la filatelia ha de parecerte tan bella, que seguramente sólo has de desear la llegada del momento en que debamos, cada dia, efectuar la parte de viaje á él asignada.

Tú lo sabes muy bien: Azores para mañana, ó sea un salto á esas islas que están en medio del Océano, al Oeste de Portugal; gracias que no hay que salir del álbum, y que así el viaje es más cómodo; de otro modo, creo que acababa al empezar tu aficion por la timbrofilia.

¿Me dices que no?

Pues lo celebro: el estudio es bello y tiene atractivos suficientes; yo te aseguro que no has de perderle la aficion.

Mañana, ya lo sabes, estaremos en las Azores.

E. THUILLIER.

## CARTAS Á UN NIÑO

### SOBRE LA ECONOMÍA POLÍTICA.

(Continuación.)

#### VII.

Creo no equivocarme, amigo Jorge, al asegurar que hasta ahora has tenido de la *riqueza* una idea equivocada. De fijo que te sorprendió en extremo lo que te dije en una de mis cartas anteriores respecto á que pueda haber hombres muy ricos, bajo el punto de vista tuyo, y que sin embargo se mueran de hambre. Esto no es de extrañar, si recuerdas que riqueza es todo lo que puede ser de utilidad al hombre y proporcionarle la satisfaccion de sus necesidades. Algunos la dividen en *natural* y *artificial*, teniendo por natural la de que pueden disfrutar los holgazanes, y artificial la que se crean los trabajadores. Esta segunda es, en mi opinion, la verdadera riqueza, puesto que puede aumentarse; no así la primera, que se encuentra siempre estacionada. Otros la dividen en *material* é *inmaterial*: la primera que puede incorporarse á la materia; la segunda incorpórea. ¿Cómo clasificarías ahora la riqueza de tu papá? Nada más fácil. En primer lugar su riqueza será artificial, porque ha tenido que adqui-

rirla mediante el estudio: en segundo es inmaterial, porque, por mucha ciencia que acumule, no necesitará para guardarla grandes almacenes, ni grandes buques para trasportarla.

Las leyes que acrecientan el trabajo son una legislacion sabia y una buena organizacion administrativa. Sin ella los esfuerzos, ya individuales, ya colectivos, tendrian que estrellarse en la inutilidad de una lucha imposible de sostener. El agricultor, el industrial y el comerciante limitarian su accion á lo puramente necesario para proveer á su subsistencia, pues ni el primero abriria la tierra en cuya posesion no está seguro, ni el segundo emprenderia una costosa fabricacion si las leyes no le protegiesen ó la administracion devorase todas sus rentas; ni el tercero, finalmente, podria caminar sin el auxilio del agricultor y el fabricante, cuya produccion extiende y facilita, por ser, como veremos más adelante, el término medio entre la produccion y el consumo.

Me he detenido en hacerte comprender lo que es la riqueza por ser

el resultado de la *produccion*, tema de la carta presente, y que deseo explicarte con brevedad y sencillez.

*Produccion* no es otra cosa que *el acto de dar valor á una cosa*.

Ejemplos: el aldeano posee una tierra. Si la niega su trabajo, la tierra llegará á cuajarse de zarzas y su dueño á plagarse de deudas ó á morir de hambre. Si, por el contrario, la riega con su sudor, sembrando en ella algunos frutos, la misma tierra se los devolverá con creces, y se verificará el acto de la *produccion*, por haberla dado un valor de que ántes carecia.

Tu papá ha logrado adquirir un gran caudal de ciencia; pero de nada le serviría si encerrado en su gabinete no la comunicase. Al hacer lo contrario presta valor á lo que no lo tenía y se verifica la *produccion*.

Pasemos adelante.

Se entiende por *producto bruto* la suma de valores representada por las cosas producidas, sin hacer abstraccion de los gastos causados al transformar la materia; y *producto liquido* la suma de valores restantes, despues de descontar el coste de la produccion. El fabricante de tejidos, una vez terminadas todas las operaciones de fabricacion, obtiene un *producto bruto* de mil reales por diez piezas de tela; pero si quiere averiguar el verdadero producto, ó *producto liquido*, debe

descontar el coste de las primeras materias, los jornales invertidos, el desperfecto de sus máquinas, el alquiler de la casa, las contribuciones que pesan sobre su industria, etc., etc. Lo mismo acontece en todas las artes é industrias, siendo, por lo tanto, bastante difícil el averiguar *en absoluto* el producto líquido de las mismas.

La produccion será tanto más fecunda, segun se desprende de lo manifestado, cuanto ménos tiempo, terreno, materia y fatiga requiera, y cuanto mejor satisfaga las necesidades, comodidad, gusto ó capricho de los consumidores.

La produccion, como comprenderás fácilmente, es una obligacion sagrada en el hombre. El que la descuida maliciosamente es un sér inútil en la sociedad, que semejante á las plantas parásitas, absorbe el jugo y la vida del tronco principal. Huye siempre de él, y sea el único semejante á quien no abras tu casa ni tu mano, si no quieres ser víctima suya.

Debajo de la blusa del menestral late siempre un corazon sano; pero en el pecho del ocioso no puede hallar albergue la virtud. Si ves vacilar al primero en la senda del bien, ampárale y sé su protector, pues la rehabilitacion por el trabajo es sencillísima de operar.

Desgraciadamente para nuestra patria, no todos sus hijos son pro-

ductores. Algunos explotan la caridad pública, privando á los verdaderos necesitados de un socorro que debiera ser exclusivamente suyo. No creas por esto que condeno en absoluto la mendicidad: hay algunos desdichados que no pueden producir. Pero si quieres convencerme de que existen muchos que podrían ser útiles á sus semejantes, visita alguna fábrica de importancia y verás en ella que mediante la division del trabajo, de que en otra carta te hablaré, un brazo ó una pierna basta para dar ocupacion á un obrero. Si no tienes ocasion de hacerlo, repara cuando bajes al Prado, en la calle de Alcalá ó Carrera de San Jerónimo, á una infeliz jóven que, careciendo de ambas manos,

borda y hace otras labores de su sexo con sólo el auxilio de sus muñecas. ¡Cuántos otros con mayores elementos vivirán de la caridad pública!

Para cerrar esta epístola, que debe ser corta, porque deseo compensar las dimensiones de todas y la próxima tiene que ser muy extensa, quiero que sepas que para que exista la produccion tienen que combinarse tres cosas: el *trabajo*, el *capital* y los *agentes naturales*. De la importancia recíproca de los mencionados factores de la produccion me ocuparé más adelante.

(Se continuará.)

M. OSSORIO Y BERNARD.

## PEPITO EL TRAVIESO.

(Conclusion.)

La resolucion del padre era acertada; las travesuras de los niños pueden, si se abandonan, degenerar en hábitos criminales, y la severidad de los padres, por excesiva que parezca, no lo es, atendiendo á que tiene por objeto hacer hombres honrados de los que serian criminales á no corregirse en su infancia.

El papá de Pepito, comprendiendo esto, se puso á pensar madura-

mente en el correctivo más eficaz para las diabluras de su hijo; por el pronto y miéntras encontraba el castigo más á propósito, encerró á Pepito en un cuarto despues de haberle aplicado una buena paliza como por vía de *intróito*.

Pasados algunos dias, durante los cuales Pepito permaneció en su cuarto, encerrado y alimentándose solamente de pan y agua, decidió

el papá llevarle al Hospicio y tenerle en él durante un año, bien recomendado, á fin de que allí, lejos de sus padres y tratado con el mayor rigor, pudiera arrepentirse de sus faltas y ser un niño bueno y aplicado.

Resuelto ya á ello, llamó á Luisita; y con objeto de que la sentencia fuera aún más rigurosa y de provecho al mismo tiempo para sus hermanos, la dió el encargo de comunicar á Pepito su resolución.

La pobre Luisita empezó á llorar y pidió perdon para su hermanito; pero el padre fué inflexible y la niña tuvo que obedecerle.

Llenos los ojos de lágrimas entró la pobre niña en el cuarto donde Pepito estaba, y hallóle sentado en un banco y con la cabeza baja, tal vez arrepentido de su pasada conducta.

Luisita dió la noticia á Pepito del castigo que su papá le habia impuesto, y aquella misma tarde fué conducido el niño al Hospicio: así pasó un año; durante todo este tiempo, Pepito fué tratado con la mayor severidad, y en todo el año no recibió ni una visita de sus papás.

Concluido el plazo de su castigo, los papás de Pepito, acompañados de los hermanos, fueron á buscarle, esperando hallarle completamente corregido de sus malos hábitos; así lo creyeron durante algunos dias:

el niño parecia haber olvidado sus mañas y ninguna queja tuvieron de él sus padres en algun tiempo; pero como la travesura era ingénita en el muchacho y la aficion á hacer mal estaba en su sangre, no habian transcurrido dos meses cuando el chico se dió nuevamente á idear diabluras y ponerlas en práctica.

Pero como el niño iba siendo cada vez mayor, sus diabluras iban en aumento cada dia, y no pasaba uno sin que sus padres tuvieran que lamentar alguna fechoría del muchacho; ya era una huevera que venia á pedir á sus padres el importe de toda su mercancía rota por el muchacho, ya un aguador que venia á quejarse de que el chico habia atado á las ruedas de un carruaje las cubas de la fuente inmediata, haciendo que éstas se rompieran y que se desbocaran los caballos; otras veces venia á su casa con la cabeza rota de una pedrada, y últimamente llevó á cabo una hazaña que fué la postrera de su vida: un dia, en que pudo aprovechar un descuido de sus padres, robó en su casa cuatro ó cinco duros, y despues de haber gastado la mayor parte en dulces y bollos, compró con lo que le quedaba una buena cantidad de pólvora y un bonito cañon de bronce; cargado con su compra, fuése á su casa, y en el patio de ella quiso probar el cañoncito y dar un buen susto á sus hermanos; siguiendo su propósito,

cargó hasta la boca el cañon, púsole al pié de la ventana de la habitacion en que sus hermanos se hallaban, y aplicó una cerilla al oido; oyóse una espantosa detonacion, los cristales de las ventanas volaron hechos pedazos y toda la casa se estremeció.

Los padres y los hermanos de Pe-

pito asustados al ruido, salieron al patio á enterarse de lo que le habia ocasionado, y hallaron al muchacho tendido en el suelo y bañado en sangre; el cañon habia reventado al dispararse, y uno de sus pedazos hirió en la sien al travieso dejándolo muerto en el acto.

Tal fué el fin de Pepito; habia



sido malo y travieso, y una de sus travesuras le costó la vida; sus hermanos, en cambio, que habian sido juiciosos y aplicados, se vieron siempre queridos de sus padres, y cuando fueron mayores se conquistaron por sus buenas cualidades el aprecio de todos los que les trataban.

No olvidéis nunca, niños míos, la

historia de Pepito; imitad á Luisita, María y Juanito, y os vereis queridos de vuestros papás y de todos los que os conozcan, en tanto que si sois traviesos os hareis odiosos y hallareis en vuestras diabluras el castigo de ellas, como le sucedió á *Pepito el travieso*.

CÁRLOS AGUIRRE.



## EL PRÍNCIPE AMADO.

(Conclusion.)

### III

Ignoto no estaba en la cabaña; pero hacia luna, la puerta se hallaba franca, y Amado pudo ver el pobre banco del leñador, sobre el cual se tumbó muerto de fatiga. Lo que más admiraba á Amado, era que, en medio de tan terrible é imprevista catástrofe, con sus padres presos y su reino perdido, no se sentía ni la mitad de fastidiado y triste que otras veces. Estaba rendido, eso sí; pero muy satisfecho, por que al fin, si no es por la destreza y el valor con que supo eva-

dirse, á estas horas se encontraría en la eternidad. Pensando en esto, empezó á apoderarse de él el sueño, y aunque sus huesos acostumbrados á colehon de pluma de cisne extrañaban el duro banco de roble, ello es que se quedó dormido como un liron.

Cuando despertó brillaba el sol, y al pronto no pudo Amado comprender cómo estaba en aquel sitio. Mas fué recordando los sucesos de la noche, y al mismo tiempo notó cierta presion de estómago que significaba hambre. Levantóse esperezándose, y como viese en una escu-

dilla unas sopas de leche y pan moreno, les hincó el diente con brío. ¡Qué plato para el príncipe de Colmania, habituado á desdeñarmelindrosamente pechugas de faisán con trufas! En aquel momento entró Ignoto, y se mostró muy alegre al ver á Amado. En dos palabras le enteró éste de lo que ocurría, y concluyó diciendo:

—Ayer era heredero de una corona y hoy no tengo ni cama en qué dormir. Partiré leña contigo.

—No, respondió Ignoto: lo primero es que dejes estos alrededores que son muy peligrosos para tí. Vente conmigo.

Y diciendo y haciendo, Ignoto tomó de la mano á Amado, y juntos se pusieron en camino al través de la selva. Esta era muy espesa é intrincada, y Amado andaba trabajosamente; cuando llegó la noche, le sangraban los piés. Entónces Ignoto le descalzó los zapatos de raso que aún llevaba el príncipe, y con corteza de olmo le fabricó unas abarcas para que pudiese seguir marchando. Anduvieron muchos días, durante los cuales pudo Amado ver lo dispuesto y ágil que era en todo su compañero. El pobre Amado, criado entre algodones, no sabía saltar un charco, ni cruzar á nado un río, ni trepar á una montaña; en cambio Ignoto servía para cualquier cosa; era fuerte como un toro, veloz como un gamo, y no

cesaba de reírse de la torpeza de Amado, quien á su vez renegaba de su inutilidad. No obstante, al fin del viaje iba ya adquiriendo el príncipe algo de la soltura de su compañero; verdad es que estaba moreno como una castaña, y sus bucles rubios enmarañados y llenos de polvo parecían una madeja de lino.

Al cabo, un día al ponerse el sol, divisaron ambos viajeros desde la cima de una colina una gran masa de edificios, ó más bien un mar de cúpulas, techos, torres y miradores, que juntos formaban una vasta ciudad. Amado preguntó á Ignoto el nombre de aquella, al parecer, rica metrópoli, y el leñador contestó:

—La capital de Malaterra.

—¡Cómo! gritó el príncipe. ¡Falso guía, así me conduces á meterme en la boca del lobo, en las uñas de mis enemigos!

—Mentira parece, respondió Ignoto, que te quejes cuando te traigo al sitio en que se hallan prisioneros tus padres. ¿No quieres verlos? ¿Quién te ha de reconocer con ese avío?

En efecto, ni sus mismos pajes pudieran decir que aquel era el elegante príncipe de Colmania. Roto y destrozado, sin haber tenido en tantos días más espejo que el agua de las fuentes, que por mucho que se diga no es tan claro como una luna azogada, Amado parecía un

mendigo. Entró, pues, sin temore en la ciudad, que era grande y magnífica. Ignoto, que conocia al dedillo las calles, le llevó por las más retiradas, hasta dar con una tapia enorme que les cerró el paso. Pero Ignoto sacó del bolsillo una llave, y abrió una puertecilla medio oculta en el ancho muro. Por ella entraron Amado y él, y se encontraron en un jardín pequeño, pero cultivado con esmero extraordinario, y cubierto de flores raras y olorosísimas.

—Espérame, dijo Ignoto: vuelvo presto.

Y se escurrió entre los árboles, mientras Amado se sentaba en un banco para aguardar cómodamente. Media hora tardaría Ignoto, y al cabo de ella volvió acompañado de una mujer, que á la dudosa claridad nocturna le pareció á Amado jóven y muy bonita. Su traje era sencillo y casi humilde, pero su voz muy dulce y su hablar distinguido.

—Señora, le dijo Ignoto presentándole á Amado; aquí teneis el jardinero que os recomiendo. Es un jóven muy honrado, y creo que con el tiempo aprenderá lo que ahora no sabe.

—Bien está, contestó la dama. Si es así, consiento en tomarlo á mi servicio para que cuide del jardín. Ahora que duerma y descanse: mañana lo iré enterando de su obligacion.

La jóven se retiró, y quedaron solos Ignoto y Amado, explicando aquél á éste que la jóven era una señorita noble de la ciudad, muy amiga de flores y plantas, y que necesitaba un jardinero, y que era preciso que Amado se resignase á pasar por tal, para estar mejor oculto en Malaterra y poder informarse de la suerte de sus padres. Con esto le condujo á un pabelloncito en que habia azadas, palas, almocafres y otros útiles de jardinería, y una cama grosera pero limpia; y despidiéndose de él y ofreciendo volver á verle con frecuencia, le dejó que se entregase á un sueño reparador.

Blanqueaba apenas el alba, cuando sintió Amado que llamaban á su puerta; echóse de la cama, se puso aprisa una blusa y un pantalon de lienzo que vió colgados de un clavo, y fué abrir. Era la dueña del jardín, que lo llamaba para el trabajo. Cogió los chismes el príncipe y la siguió. Todo el dia se lo pasaron ingertando, podando y trasplantando; es decir, estas cosas las hacia la señorita, que se llamaba Florina; ella era la que con mucha maña y actividad enseñaba á Amado, que estaba hecho un papanatas avergonzado de su ignorancia. Hácia la tarde, Florina le dijo:

—Se me figura que entendeis poco de este oficio; pero sabreis algun otro, eso no lo dudo. ¿Qué sabeis?

Amado se quedó muy confuso, y no acertó á contestar. Quería decir.—Sé extender la mano para que me la besen, y sé hacer cortesías graciosísimas que todos los figurines de mi reino han copiado, y sé... Pero no se atrevió á responder así, figurándose que Florina no apreciaria bien el mérito de tales habilidades. Esta como le vió callado, añadió:

—Sospecho que careceis completamente de instruccion: procurad, pues, atender á mis pobres lecciones, y siquiera aprendereis el oficio de jardinero, que es muy bonito, y nunca faltará quien os dé pan por cuidar de los jardines.

En efecto, Florina siguió viniendo todas las mañanas á enseñar á Amado la jardinería. De paso le dió unas nociones de botánica y astronomía, y le corrigió las faltas gordas que cometía en la lectura y en la escritura, para que pudiese leer bien los libros que trataban de plantas y flores. Florina vestía con mucha sencillez trajes cortos y lisos para no enredarse en las matas, zapatos flojos para correr y un sombrero de paja; pero era tan linda, que Amado la miraba con gusto. Amado no podía consentir en que Florina fuese de la misma especie que las damas de la reina Serafina, que eran las pobrecillas tontas como ánsares, que se pasaban el día abanicándose y murmurando, y que

lloraban como perdidas cuando el príncipe no les alababa mucho el peinado y el traje. Resultó de estos pensamientos que Amado se enamoró de Florina, y un día se lo dijo, ofreciéndole casarse con ella. Florina contestó echándose á reir; y entónces Amado, muy ofendido porque pensó que Florina le despreciaba por su pobreza, declaró con orgullo que era el heredero del trono de Colmania. Pero Florina siguió riendo, y dijo á Amado:

—¡El trono de Colmania! ese trono ya no existe, y áun que fuérais su heredero, habíais de reinar tan mal, que no me lisonjearia nada compartir con vos la corona.

Amado lloró, se afligió; se arrojó delante de Florina, la cual entónces le dirigió este discurso:

—Si es cierto que sois el príncipe de Colmania, yo os declaro que es una fortuna para vuestros vasallos el que no los governeis, siendo como sois incapaz todavía de gobernaros á vos mismo. Ahora bien: si quereis, caro príncipe, casaros conmigo, idos por el mundo y no volvais hasta que podais ofrecermé un pequeño caudal ganado por vos, una flor descubierta por vos, una relacion de vuestros viajes escrita por vos. Esta puerta estará siempre abierta, y yo esperándoos siempre aquí. Adios, y buen viaje.

—¡Y mis padres! contestó Amado. ¡No os acordais de mis padres!

¡Tengo que vengarlos! ¡Tengo que libertarlos!

—En cuanto á vengarlos, repuso Florina, ya lo ha hecho el rey de Malaterra. Despues de conceder al conde del Buitre el cargo de primer ministro, permitiéndole desempeñarlo por espacio de veinticuatro horas, lo ha encerrado en una jaula, colgándole al cuello la carta en que el conde se ofrece á entregar á traicion el reino de Colmania; y así enjaulado lo pasean por Colmania, y en cada aldea los chicos le arrojan lodo, y piedras, y lo silban, y lo insultan. Al rey de Malaterra no le agradan los traidores, aunque se valga de ellos como de un despreciable instrumento. Por lo que toca á libertar á vuestros padres, os advierto que están libres; que viven muy tranquilos en un palacio que les ha concedido el rey de Malaterra; que nadie se mete con ellos, y que yo me encargo de decirles que su hijo está sano y salvo, y que viaja para completar su educacion.

No quiso oir más Amado, y emprendió el camino. Embarcóse en el primer puerto de Malaterra como grumete de un navío mercante, y este cuento sería el de nunca acabar, si os contase una por una las peripecias que en sus excursiones le sucedieron. Básteos saber que al cabo de algunos años volvió siendo dueño de un caudalito que habia ganado con su trabajo; de una flor

preciosa descubierta en unos montes inaccesibles, que en los tiempos modernos ha vuelto á encontrarse y se ha llamado camelia; y de una descripcion exactísima de sus viajes, en que se revelaban los muchos conocimientos adquiridos con el estudio y la práctica de la vida. Al regresar á Malaterra, supo que el rey habia muerto en una batalla y que mandaba su hijo, mancebo muy querido del pueblo, porque sin ser tan aficionado á guerras como su padre era valeroso é instruido, y no se desdeñaba de trabajar por sus manos ni de aprender continuamente. Llegó Amado á la capital, y presto encontró abierta la puercecilla del jardin. No dió dos pasos por él sin tropezar á Florina sentada en su banco de costumbre. En un minuto la enteró de cómo volvía habiendo cumplido las condiciones que ella le impusiera. Entónces Florina le tomó de la mano, y llevándole hasta la verja que dividia su jardin, la abrió y entraron en otro jardin más hermoso y ancho. Anduvieron largo rato por arboledas magníficas, dejando atras fuentes, estatuas y estanques soberbios; y al fin entraron por el peristilo de un gran palacio, y los guardias que estaban en la escalera se apartaron con respeto dejando pasar á Florina. Ante una puerta cubierta con rico tapiz de seda y oro, estaba un ujier, que inclinándose dijo:

—Su majestad espera.

Atónito Amado iba á preguntar qué era aquello, pero se encontró en una espléndida sala, colgada de terciopelo carmesí y baldosada de mármol rojo y negro, en donde vió sentados á una mesa y jugando al ajedrez, á dos viejecitos en quienes conoció á Bonoso y Serafina. Estos al verle arrojaron un grito y llorando se fueron á abrazarle. Amado no sabía lo que le pasaba; pero más se admiró cuando vió á un rey jóven y hermoso con corona de oro abrirle también los brazos, y pudo reconocer en él á Ignoto el leñador de la selva. Afortunadamente las cosas agradables se explican pronto; y así no tardó Amado en enterarse de que Ignoto era el hijo del rey de Malaterra, que disfrazado de leñador estaba próximo á la frontera para ayudar á su padre en la sorpresa de Lagoumbroso; que habia salvado á Amado, porque le tomó cariño en aquella tarde en que Amado le vió cortar leña; que después de salvarle habia querido instruirle, y para eso le habia colocado en aquel jardín donde recibiese las lecciones de Florina; que Florina era hermana de Ignoto, y que al casarla con Amado le daba en dote el reino de Colmania. Me parece inútil añadir que con tan felices sucesos, Bonoso y Serafina, que esta-

ban ya algo chochitos, lloraban á más y mejor; que Florina y Amado no cabían en sí de gozo, y que todo era júbilo en el palacio. Para colmo de alegría, aquella noche el hada del Deseo cumplido vino á honrar con su presencia una cena ostentósima y un baile mágico que se celebró en aquellos salones. El hada dijo á Bonoso y Serafina, que aunque habían hecho lo posible porque su hijo fuese infeliz, ella, ayudada del hada de la Necesidad, lograra educarlo algo para la dicha. Los pobres reyes confesaron que eran unos bolos, y su buena intención hizo que el hada les perdonase, no sin encargarles que cuando tuviesen nietos no se mezclasen en su educación por amor de Dios.

Aquí teneis cómo el reino de Colmania volvió á ser regido por su legítimo príncipe Amado, á quien tanto querían. Los habitantes de aquel reino no se cansaban de admirar la metamórfosis que habia experimentado el príncipe, que salió hecho un rapazuelo encanijado y medio bobo, y que volvía hombre robusto, inteligente y muy capaz de mandar él solo sin necesidad de recurrir á ministros, que á veces pueden ser tan malos como el conde del Buitre.

EMILIA PARDO BAZAN.

## ¡POBRE MADRE!

## I

Todo era bello para esa madre;  
 Todo era dicha, todo era amor;  
 Gloria su vida, cuando en sus brazos  
 Acariciaba al hijo  
 Que Dios le dió!...

—

Y más encantos tenía el cielo,  
 La luz, las flores de su jardín,  
 Cuando velando junto á la cuna  
 De su niño entre sueños  
 Le vió sonreír!...

## II

El ángel rubio, de ojos de cielo,  
 Duerme en su cuna, pálido está:  
 Allí su madre, de noche y día  
 Con su amor, á la muerte  
 Quiere ahuyentar.

—

Ya están sus ojos tristes, muy tristes,  
 Secos sus labios, fría su sien;  
 El niño enfermo mira á su madre,  
 Y la madre se siente  
 Morir con él!...

## III

Murió aquel ángel de ojos de cielo;  
 Ya aquella cuna vacía está,  
 Ya no habrá dicha, ya no habrá encantos;  
 ¡Sólo habrá luto y lágrimas  
 En el hogar!...

.....  
 Todo está triste, para la madre  
 Desierto el mundo que alegre fué;  
 Y arrodillada junto á la cuna,  
 Loca de pena quiere  
 Morir también!

RICARDO SEPÚLVEDA.

## PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

La manía de hablar siempre y sobre toda clase de asuntos, es una prueba de ignorancia y de mala educación, y uno de los grandes azotes del trato humano.

*Epicuro.*

El dolor tiene lazos más estrechos que la felicidad para ligar los corazones.

*Lamartine.*

No desprecieis nunca á nadie: considerad al que os es superior como á vuestro padre, á vuestro igual como á vuestro hermano, y á vuestro inferior como á vuestro hijo.

*Ali.*

No es menester ser sabio para saber de qué modo se debe obrar: basta ser bueno.

*Labrousse.*

La memoria nace de la imaginación; es un almacén de reserva de las cosas pasadas, que pertenece en parte á la imaginación, y en parte al entendimiento.

*Sanchez Castillo.*

Más fuerza tiene una injuria para mover á venganza, que cien beneficios para excitar á reconocimiento; porque la obligación es carga pesada y la venganza descarga de cuidados.

*Mariana.*

Si no quieres parecer ridículo, procura no hablar nunca de tí mismo.

*Dugrivet.*

La guerra es la fiesta de los muertos.

*J. Arolas.*



## LA CRUZ.

Símbolo del suplicio y de la afrenta  
E instrumento feroz de rudas leyes,  
Fué en lo antiguo la cruz que ahorase ostenta  
Honrando la corona de los reyes.

Ella siempre gloriosa, siempre fuerte,  
Subsiste cuando todo se derrumba,  
Nos consuela en el trance de la muerte  
Y nos protege dentro de la tumba.